

Año XI

31 de Marzo de 2001

**"SI NO QUIEREN
SABER LA
VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"
Santa Teresita**



el Semanario de Berazategui

**Versión
Digital**

**SITIO WEB:
www.santuario.com.ar**

**Suscripción gratuita
por e-mail a:**

semanario@santuario.com.ar

TERCER MILENIO

**Publicación
gratuita**

Editado

Número 485

**por: FUNDACION MISERICORDIA DIVINA Asociación de laicos católicos
Casilla de Correo N° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina**

LAS CONSECUENCIAS DEL MAL

Por Madre M. Angélica



Son muchos hoy en día quienes niegan la existencia de Satanás y del infierno. En *The Screwtape Letters*, C. S. Lewis nos dice que el truco más astuto del diablo consiste en persuadirnos de que no existe. Temer el infierno, temblar ante la idea del mismo, **equivale**

a haber alcanzado un grado importante de desarrollo espiritual. Mucha gente desecha la idea del infierno, al igual que la del diablo, como si se tratara de una táctica para asustar, inventada por algunos teólogos para combatir el aburrimiento. Sin embargo, ¿cómo podemos tomarnos tan a la ligera un lugar y una persona que Dios se toma tan en serio?

(...) La elección del infierno comienza en esta vida, al optar por nuestra propia voluntad, por el placer, el pecado y la autoindulgencia. Dios nos ha dado un libre albedrío y lo utilizamos. Optamos por el pecado como si no existiera el mañana. Pero el mañana existe. Y si bien somos libres de elegir lo que se nos antoje, jamás podremos decidir las consecuencias de nuestra elección. Las consecuencias del pecado están inexorablemente vinculadas al mismo y son devastadoras. Cuando nos aferramos a nuestra insignificante voluntad y la levantamos contra la de Dios, contra la de aquel gracias al cual existimos, demostramos ser unos verdaderos imbéciles. Nuestra sumisión al pecado es cómica, idiota y triste para aquellos a quienes lastimamos con ella. Pero en el momento de la muerte, nuestra mala elección puede convertirse en una tragedia permanente. Los pecados que hemos decidido cometer tienen una horrible consecuencia: la ira de Dios. A fin de cuentas, el precio que pagaremos será la condena eterna. Esta es la razón por la que todos debemos mirar hacia arriba, hacia el Cielo, encaminándonos hacia esa misión particular de santidad que es propiamente nuestra. Nuestro amor, que se expresa a través de nuestra santidad, debe ser un ejemplo resplandeciente del amor que Dios nos dispensa. Entonces nuestro ejemplo alentará a otros a elegir a Dios. Mientras haya gente que elija el infierno, queda mucho trabajo por hacer.

PELIGROSA INFILTRACIÓN

Extractado de Via col Vento in Vaticano

Lenín estaba convencido de que un secretario del partido comunista en un estado católico, para estar a la altura de su misión, hubiera tenido que vestir, en caso de necesidad, incluso el hábito franciscano. En 1935, los servicios secretos descubrieron que aproximadamente unos mil estudiantes comunistas estaban infiltrados en los seminarios y noviciados de la Europa occidental, donde, en una perfecta simulación de vida religiosa, se disponían a convertirse en sacerdotes. Más tarde el partido se encargaría de soltarles la correa y colocarlos en los puestos más vitales de la Iglesia. El fenómeno se fue extendiendo progresivamente hasta llegar a las graves protestas en los seminarios y noviciados y a la aparición de un elevado número de sacerdotes, obreros o no, durante los años sesenta-setenta.

(...) En 1956, el sacerdote Pasquale Uva, fundador en Bisceglie de la Casa de la Divina Providencia, presentó con cierto retraso a la dirección del seminario regional de Apulia a un joven de la Basilicata, aspirante a religioso en su incipiente fraternidad, al cual él avalaba. Sanomonte, que así se llamaba el joven, era un seminarista inteligente y ejemplar en todo: un poco cerrado, estatura media, complexión robusta y aspecto simpático. En la nota característica del prefecto del dormitorio, se leía: *ligeramente circunspecto y poco locuaz, pero amable con todos.* Entretanto, el curso académico estaba tocando a su fin. Por la tarde de un día muy caluroso, los miembros del grupo de su dormitorio, unos treinta, se dirigieron al puerto para dar un paseo. Por regla general, Sanomonte prefería ser siempre el último de la fila y así lo hizo también aquella vez. De repente, se agachó para subirse los calcetines sin apartar los ojos del grupo que estaba doblando la esquina. Contempló con cierto hastío la persiana metálica cerrada de la sección del par-

PARA RECORDAR ESTA SEMANA

MARZO

S. 31 Beato Amadeo de Saboya.

ABRIL

D. 1º San Hugo.

L. 2 San Francisco de Paula.

M. 3 San Ricardo.

Mi. 4 San Isidoro.

J. 5 San Vicente Ferrer.

V. 6 San Egesipo. **ABSTINENCIA.**

tido comunista. Un hombre grueso con las manos en la espalda permanecía apoyado en la hoja lateral de la puerta como si esperara que la abrieran. Un momentáneo titubeo y, pensando en los compañeros que se estaban alejando, se armó de valor y abordó al desconocido, diciéndole:

-Camarada, dale este sobre cerrado al camarada secretario... ¡Cerrado, por favor! Pero se había equivocado de medio a medio. El barrigudo era conocido en toda la ciudad como un acérrimo democristiano; se llamaba Peruzzi. Éste, que era muy socarrón, había seguido la turbación y los movimientos del seminarista en todos sus detalles. Ahora, con el sobre en su poder, se preguntaba qué debía hacer. Se pasó tres días preguntándose: ¿se lo daba al secretario comunista? ¿Era el seminarista pariente suyo? En caso de que decidiera no entregarlo, ¿lo rompía? ¿Lo dejaba cerrado o mejor lo abría? ¿Acudía al rector del seminario? ¿Y qué le diría? El dilema se resolvió finalmente introduciendo la punta de un abrecartas en el extremo del sobre. Dentro figuraba escrito lo siguiente: «*Querido camarada secretario, he sido destacado desde mi pueblo para estudiar en este seminario religioso. Necesito verte enseguida para establecer contigo el plan a seguir en un futuro próximo. Te ruego que te ha-*



gas pasar por mi tío. Las visitas de los familiares están autorizadas todos los jueves a partir de las cuatro de la tarde en el antiguo locutorio de la planta baja. Saludos, Andrea Sanomonte.» Peruzzi, muy aficionado a los chismes, no podía creer que el rector fuera a recibirlo en

secreto. Explicó lo ocurrido, gesticulando con las manos y haciendo cómicas muecas hasta que, al final, entregó la carta con el sobre abierto. Por la noche, junto con el vicerrector y el prefecto del dormitorio, registraron cuidadosamente el escritorio y los efectos personales de Sanomonte. Les pareció que no habían encontrado nada importante: algunos apuntes sospechosos, algunos escritos de orientación comunista y una pequeña agenda de bolsillo con unos garabatos indescifrables que no parecían tener demasiado interés, pero que, de todos modos, fue requisada. Era la primera vez que ocurría un caso semejante y las opiniones no eran unánimes. Se pidió consejo a la Policía, la cual se llevó la agenda a

la comisaría para examinarla. Actuando de común acuerdo con el venerable padre Uva, invitaron a Sanomonte a regresar a su casa hasta nuevo aviso. Cuando parecía que ya todo había terminado, el rector recibió una severa reprimenda del dicasterio de la Curia romana encargado de los seminarios por no haber informado al órgano vaticano de lo ocurrido. He aquí lo que había sucedido: algunas de las claves transcritas en la pequeña agenda de Sanomonte contenían códigos secretos sobre el cargamento y el destino de un navío de guerra italiano que navegaba por el océano Pacífico, sólo conocidos por los responsables de todos los buques italianos que surcaban los mares del globo. Este departamento militar se encontraba en la galería subterránea del cuartel Santa Rosa en las inmediaciones de la Storta, circunscripción municipal de Roma, y era una importantísima localización secreta que se ramificaba en estrella hasta dieciocho kilómetros subterráneos a la redonda. Sobre lo ocurrido se hizo caer un pesado manto de silencio. Nadie más lo volvió a comentar.

Pero, ¿cuántos de aquellos falsos seminaristas cuya presencia ya se detectó en los años treinta, consiguieron su propósito de llegar al sacerdocio? ¿Y cuántos de ellos llegaron a obispos y cardenales? Todos recordaban en su época el comentario del cardenal Alfredo Ottaviani, muy ligado al sector de la intransigencia, tanto dentro como fuera de la Iglesia, que, en un artículo suyo posconciliar, se refería a ciertos eclesiásticos, llamándolos «comunistillos de sacristía».

¡RECEMOS JUNTOS!

El Santo Rosario, por nuestras necesidades más urgentes.

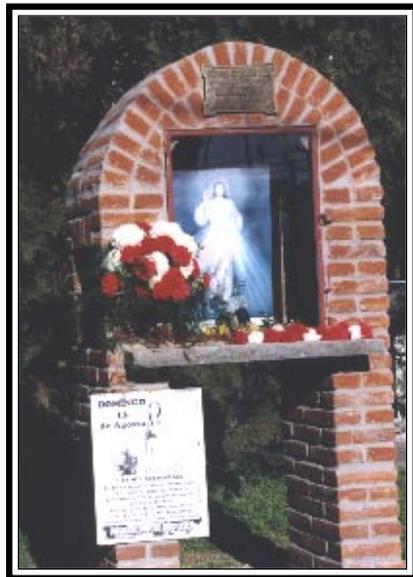
ERMITA DE JESÚS MISERICORDIOSO

**Avda. Mitre y calle 14, Berazategui
(frente a la Municipalidad)**

**TODOS
LOS DÍAS**

**a las 10:00 hs
de la
mañana**

¡Lo esperamos!



VISITE NUESTRO WEBSITE EN:

www.santuario.com.ar

**vea y baje el nuevo VIDEO
“LA MISERICORDIA EN ACCIÓN”**

¿Qué necesitamos para amar a Dios sobre todas las cosas?

B. Martín Sánchez

Necesitamos tener y practicar estas virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, o sea:

1º Creer en Dios, pues si no creyésemos en Él ¿cómo podríamos amarlo? La fe es sumamente necesaria: «Sin la fe es imposible agradar a Dios, pues el que se acerca a Dios ha de creer que existe y que es remunerador de los que le buscan» (Heb. 11, 6). Fe es creer en la palabra de Dios, es someter nuestro entendimiento y nuestra voluntad a lo que El nos dice, es dar una respuesta favorable a sus Mandamientos... Como la Palabra de Dios se halla contenida en la Biblia, y se nos transmite por la Iglesia Católica (que es la que nos la explica e interpreta), hemos de creer cuanto ésta nos enseña (Mc. 16, 16).

2º Esperar en Dios, porque Él nos ha prometido la salvación o vida eterna, si vivimos en su gracia: «Esta es la promesa que Él nos hizo, la vida eterna» (1 Jn. 2, 25). «La fe es fundamento o garantía de lo que esperamos». La fe nos hace soportar con paciencia y alegría el dolor y las cruces de esta vida, pues unidos a Cristo en sus dolores y sufrimientos, participamos de su resurrección. Ahora tenemos como término de nuestra esperanza el Cielo, pues según San Pablo: «No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna» (Heb. 13, 14).

3º Amar a Dios y tributarle culto por ser, como hemos dicho, el sumo Bien, nuestro Creador y Redentor.

Adoración interna y externa. A Dios lo debemos adorar interiormente por los actos dichos de fe, esperanza y caridad, y también exteriormente porque tan to el cuerpo como el alma, son obra de Dios, y por tanto, uno y otra deben significar a Dios su rendimiento. La interior adoración se muestra en lo exterior por el sacrificio, la recepción de los sacramentos, oración vocal, la genuflexión, golpeándose el pecho, etc. Nunca hemos de adorar a Dios sólo exteriormente, sino excitando a la vez los sentimientos correspondientes. El que se arrodilla, junta las manos, se golpea el pecho, etc., sin pensar en lo que hace, sería un hipócrita, pues se muestra por fuera distinto de lo que interiormente es. ¡Y cuántas personas hacen en el templo (donde debemos guardar absoluto silencio) tales ceremonias, enteramente por rutina y por sola costumbre! No hagamos, pues, en esto, como en las saluciones y cumplidos mundanos, donde los hombres se dicen: «Buenos días, vaya Ud. con Dios, servidor de usted, ésta es su casa, etc.», sin pensar ni remotamente en lo que tales palabras significan. **Las ceremonias que empleamos en el culto exterior deben ser fiel expresión y señal de lo que interiormente sentimos.** Por eso dijo Jesucristo a la Samaritana: «Dios es espíritu y los que le adoran han de hacerlo en espíritu y en verdad» (Jn. 4, 24). En consecuencia: a Dios solamen-

te hemos de adorar, porque solo Él es Señor supremo de los cielos y de la tierra.

La idolatría o adoración de los falsos dioses

Todo hombre se siente dependiente de un Ser superior y, por esto, interiormente inclinado a adorar a ese Soberano. Así sucede que, quien no adora al verdadero Dios, incurre pronto en la adoración de las criaturas, o sea en idolatría. Un día fue San Pablo a la ciudad de Atenas para anunciar a sus habitantes «a Jesús y su resurrección» (Hech. 17, 18) y vio que tenían levantadas estatuas a Osiris, a Júpiter y otras divinidades egipcias y romanas, y entonces «se consumía su espíritu», dice la Escritura, viendo la ciudad llena de ídolos», y los que se le acercaron y le oían, le condujeron al Areópago, diciendo: ¿Podemos saber qué nueva doctrina es ésta que enseñas? Pues eso es muy extraño a nuestros oídos... «Pablo, puesto en pie, en medio del Areópago, dijo: Atenienses, veo que sois demasiado religiosos, porque al pasar y contemplar vuestras imágenes sagradas, hallé también un altar en que está escrito: AL DIOS DESCONOCIDO. Pues ése que vosotros adoráis sin conocerlo es el que yo os anuncio.

El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él... Él mismo es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas. Él hizo de uno solo todo el linaje humano para poblar toda la faz de la tierra... y no está lejos de cada uno de nosotros, porque en Él vivimos nos movemos y existimos, como algunos de vuestros poetas han dicho: «Porque somos linaje suyo». Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad es semejante al oro, o a la plata, o a la piedra, obra del arte o del pensamiento humano...» (Hech. 17, 22 ss).

Así San Pablo, con amor ardiente, anunció a la ciudad sumida en la idolatría al único y verdadero Dios. La idolatría es, pues, el culto de una criatura, a quien se venera como Dios; por ejemplo: la adoración del sol, de los animales, de las estatuas, etc.

La idolatría se halló a menudo entre los judíos, como al pie del Sinaí, cuando adoraron el becerro de oro (Ex 32), o en la adoración de la estatua de Nabucodonosor (Dn. 3). También en pueblos de Asia y otros de la tierra han adorado por dioses al sol, la luna, las estrellas, el fuego, fuente de luz y también al viento y al agua (Sab. 13, 2). Tal idolatría, podemos decir, hoy profesan todos los hombres «sumidos en las cosas terrenas», particularmente los avaros, los ambiciosos, glotones y lujuriosos. Lo que cada uno desea o venera, aquello es su Dios (S. Agustín). El dios de los avaros es el oro (Os. 8, 4). El de los ambiciosos es el honor. El de los comilones, el vientre (Fil. 3, 19). El de los lujuriosos, el cuerpo (I Cor. 6, 15). Avaricia, orgullo y lujuria son el dios trino de los hijos de este mundo (Mehler). La idolatría es un crimen contra la Majestad divina. La idolatría, dice Santo Tomás, es el más grave de todos los pecados. Y Tertuliano también la calificó como «el mayor delito de la tierra».

En la Sagrada Escritura leemos: «Los ídólatras, impuros, borrachos, avaros, etc. no poseerán el Reino de los Cielos» (I Cor. 6, 10).



Vida de Fray Mamerto Esquiú



Gracias al sacrificio y la generosidad de su hermano Ododrico pudo pagar este viaje a la Ciudad Eterna. Una vez allí, el alma del franciscano se sintió atribulada por las dificultades de la vida cotidiana. Sus pensamientos se dirigían al sucesor de Pedro. Desde hacía seis años la ciudad de Roma se había convertido en capital del Reino

de Italia y el Papa, despojado de sus territorios, se negaba a abandonar el Vaticano. Allí fue donde fray Mamerto Esquiú cumplió sus cincuenta años, y aplicó la Misa por el alma de sus padres, sus hermanos y sobrinos y, especialmente, por el Papa Pío IX.

CONTINUARÁ

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

3

... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

LA MORTIFICACIÓN

Las obras de *supererogación* o *devoción* tienden a privarse de aquellas cosas que, aun cuando no sea malo o pecado el ejecutarlas, es, sin embargo, de gran provecho abstenerse de ellas, para ofrecer al Señor un sacrificio muy agradable a él: por ejemplo, el mirar un paisaje, el beber un vaso de agua fresca, etc., no es en sí pecado y, sin embargo, es incalculable la utilidad que trae al espíritu el privarse de ello por amor de Dios y de María. Y dije que la utilidad de esta especie de mortificación es incalculable, porque casi raya en la ne-



cesidad, porque es cosa sentada que el que no sepa o no quiera mortificarse en lo de *supererogación* o *devoción*, tampoco sabrá o podrá en lo que sea de *obligación*. Esta mortificación de devoción se divide en *activa* y *pasiva*.

La *activa* consiste en buscar por elección propia, y por el gran amor que uno tiene a Dios y a la santísima Virgen, cosas que causen pena y humillación, para así ofrecerles un obsequio.

La *pasiva* consiste en sufrir con paciencia, resignación y conformidad con la Voluntad de Dios todo cuanto nos causa pena, sin haberlo buscado ni intentado, como son las persecuciones, calumnias, oprobios, robos, enfermedades, frío, calor y otras cosas semejantes.

Sin embargo, la mortificación interna es la mejor y más noble, como que es el alma de todas ellas: para proceder con método daremos primero algunas nociones de la mortificación externa, con que nos abriremos paso a lo demás.

CONTINUARÁ

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...

Visite el "SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO" ...y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

Calle 153 entre 27 y 28
Ciudad de Berazategui
Provincia de Buenos Aires
ARGENTINA

Horario de visitas y atención:

TODOS LOS DIAS DE 15:00 a 16:00 HORAS

El 13 de cada mes SOLEMNE PROCESION con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica" abierto desde las 8:00 horas

Cómo llegar al Santuario de Jesús Misericordioso



Colectivo	Ramal
98	3
98	5
219	3
603	1-M-6-7-4

